

TEONEOMAQUIA

ESCENA 1

(Calles de la Grisácea con un único banco ocupado. A tres horas del amanecer. Por el lateral camina un anciano: se acerca al banco donde es un ser absorbido por una máquina rectangular. El sedente viste entero de gris; el exento, blanco como la seda. Observa el señor la escena y roza la espalda del ser. Se dirige hacia él)

ANCIANO: Que mis palabras escuches, joven, te ordeno.

JOVEN *(intrigado)*: ¿Necesita algo?

ANCIANO: Lo sabrás.

JOVEN *(con una sonrisa)*: Ah, ya veo, ¿dónde está la cámara?

ANCIANO: ¿Qué astro es ese al que vemos navegar por la cúpula celeste?

JOVEN *(extrañado)*: Pues será Sirio, que es vecina de los dos peces.

ANCIANO: Por eso no se oye el rumor de los hombres y el silencio reina en estas raras, grises calles. Joven, deseo mi tierra natal, ¿sabes el camino de vuelta?

JOVEN *(más extrañado)*: Perdone que le diga esto pero, ¿cómo lo voy a saber si no sé quién es usted?

ANCIANO: ¿Cómo? ¿No sabes quién soy? ¡Qué lugar más desdichado! Sus jóvenes no conocen a sus mayores. ¿No tenéis educación? Por todas las ciudades aqueas mi busto se expone, mi palabra brilla, mi luz responde. Mis hexámetros mueven a todo aquel que me honre. Soy el aeda del mar y de la tierra, de Ítaca e Ilión. *Homero* es mi nombre, y seguro lo conoces.

JOVEN *(Molesto)*: Mira, no tengo ni idea de quién serás, pero no tengo tiempo para escuchar a un viejo loco. Bien apodaron loca a la ciudad...

(El JOVEN se levanta del banco y se va; HOMERO queda confundido)

HOMERO: ¡Oh, astros! ¡Oh, luces! ¿Dónde me encuentro yo? ¿Por qué no se conoce mi voz? Mi rostro fue alabado en vida y en muerte recordado. ¡Ciega es mi condición! Parece que los dioses me han traído de vuelta a la vida sempiternos, ¿por qué no escucho sus melifluas palabras? Escuchad mi canto, dioses, de aquel que siempre os ha honrado. Al igual que yo os he venerado, sacrificando perfectas hecatombes en vuestro nombre, ¡escuchadme ahora! Llamo por vosotros, ¡dioses de mi tiempo y los siguientes!

(El CORO de semidioses llega y se coloca debajo del escenario, si es que hay alguno, y cantan sonando desde aquí, allá y acullá)

CORO: Vine a estas calles cementeras, tierras extranjeras, y solo vemos desolación. ¡Oh cemento, oh dolor! ¡Quisiera ver una dulce hoja! Delicada, se deslizaría suave lejos de esta cruel ciudad, donde los cielos mueren y el futuro impera. ¿Dónde está el verde, dónde está la vida! En las playas de la ciudad de anchas calles ardió el fuego, cuando a los peñascos llegaron los aqueos de bellas grebas para honrar el sagrado acuerdo conyugal. Las olas arrasaron con sus barcos y torchas la bien amurallada Troya, como un toro ennegrecido por los justos agravios del joven campesino, dejando atrás harta perdición. ¡Quién volviera allá, escapar de esta venidera prisión! Más vida encontraríamos en unas ruinas. ¡Oh gris, gris futuro! Insigne poeta, conoces bien que este no es tu tiempo. Así pues, escucha su pasado: después de la guerra de la cara a Zeus Ilión, los dioses juraron no volver a intervenir en los asuntos humanos. Zeus se opuso: ¡Llegó la Teomaquia! No, no quiero recordar estas horribles penas. Mas sé que, como cada vez que el cruel Hipnos irrumpe en los cansados ojos, esta noche las volveré a vivir. Y dime, ¿por qué nos llamas? ¿Cuál es tu condena?

HOMERO: ¡Oh, dioses! Mi llanto es insignificante comparado con el dolor que mis tímpanos sienten. ¿Dónde quedó Zeus, el que se complace en lanzar rayos?

CORIFEO: Atenea lo encerró en una ánfora, junto a los restos de Aquileo.

HOMERO: ¿Y Poseidón, que sacude la tierra y el mar estéril? ¿Y Aidoneo?

CORIFEO: El uno obligado a vagar eterno, el otro reposando en su infinito lecho.

HOMERO: ¿Y Hera, la de níveos brazos? ¿Y Deméter de hermosa cabellera?

CORIFEO: La primera exiliada en el Hades, la segunda más allá del Mar Negro.

HOMERO: ¡Ototoi! ¡Ototoi! Lloran mis oídos escuchando este destino. El mundo parece perdido, ¿son felices los comedores de trigo?

CORIFEO: En placeres se embriagan y el acero los oprime, siempre mal dolidos.

HOMERO: ¡Ay de mí! ¡De todo lo que escribí! ¿Y mis obras? ¿Las han olvidado?

CORIFEO: Prohibidas son, claro poeta. Desde décadas no se te recuerda.

HOMERO: ¡Oh, pérfido hado es este! ¿Y Palas, protectora de ciudades, qué hace?

CORIFEO: Se reniega a corregir sus acciones, su crónida corona.

HOMERO: ¡No quiero vivir en tal mundo!

CORIFEO: No, Homero. Eres el elegido. Te hemos traído aquí con un objetivo.

HOMERO: ¿Y cuál es ese motivo? Mis dedos sufren por saberlo.

CORO: Ilustre cantor, maestro de toda Hélade, tu deber es liberar a crónida Zeus.

HOMERO: Mi ánimo duda, mi cuerpo tiembla. Pero si tal decís, tal haré. Ahora, ¿dónde? ¿Dónde puedo encontrar al poderoso y perfecto padre de los humanos?

CORO: Argifontes debes buscar: él te lo enseñará.

HOMERO: Y el cuatrero de bueyes, que impera en Cilene y en Acadia, ¿dónde es?

CORO: En las fábricas lo hallarás, trabajando sin descanso lo verás, esclavo astral.

HOMERO: Hacia allí me embarcaré, pues.

(Se cierra el telón)

ESCENA 2

(Sala ceniza. Parece haber maquinaria. Lo seguro es que hay un HOMBRE fuerte, no lanudo. Está lleno de cicatrices y heridas en sudor mezclado. Porta un martillo y, cada catorce sílabas, lo hace refulgir contra un yunque. HOMERO, ciego en su condición, se dirige directo hacia él. Quizá guiado por las divinidades, quizá no)

HOMBRE (*confundido*): ¿Qué haces aquí? Solo puede entrar personal autorizado.

HOMERO: Tal como siempre te he honrado, ayúdame con mi divinal cometido.

HOMBRE (*más confundido, sin dejar de golpear el férreo trabajo*): ¿Qué estás diciendo? ¿No escuchas que estoy ocupado, anciano?

HOMERO: ¡Oh, Hermes, hijo de la veneranda Maya! Libera tu hábito, desemboca tus fulgores: a mí no me engañas con ese disfraz. Necesito tu ayuda. Al igual que ayudaste a Odiseo, el de multiforme ingenio, te lo pido para mi argonáutica cumplir.

HERMES: Tienes razón, el tiempo... me había hecho olvidar. Tantas son las penas que *en mi vida* he pasado. Dime, ¿quién es el mortal que tengo ante mí?

HOMERO: El hijo de todas las polis, el padre de todos los helenos. Homero soy, de brillante psique y soma.

HERMES: ¡Recuerdo tu himno, aeda! Las musas siempre te acompañaron. Y ahora dime, ¿quién te ha guiado hasta aquí, a esta fábrica tan gris?

HOMERO: Vosotros, habéis sido vosotros los dioses, cuyas voces he seguido y escuchado. Me habéis encomendado a Zeus Largovidente liberar: por tal, tu ayuda pido. Pero antes, ¿por qué estás trabajando para los mortales? Solo conozco hasta la Teomaquia, donde Palas derrotó al Cronida, que amontona nubes.

(HERMES deja de aplastar y HOMERO, ciego y de brillante psique y soma, se acerca más a la divina divinidad)

HERMES: Lírico cultivador, de voz semblante a la de los dioses, te cantaré mi razón tal y como lo has pedido. Como bien has dicho, Atenea de ojos de lechuza destronó al más poderoso de los dioses con la ayuda de la humanidad. Esto que suena a mentira es verdad, es la verdadera verdad. Te lo digo yo, que soy Hermes, el mensajero de los dioses. ¿Qué hicieron los demás inmortales? Todos se unieron a Palas excepto yo, Iris, Apolo, Ares y Cipris, que defendimos el justo gobierno. Transformada en... un profeta, Atenea guio a los hombres para acabar con nosotros, llamándonos ídolos y démones maléficos. No conozco qué habrá pasado con todos, pero yo intenté las mismas estrategias que la protectora de ciudades. Transformado en mortal, luché incansablemente por recordar tus cantos en este mundo de cenizas, pero un funesto destino lo impidió.

HOMERO: ¿Y cómo ocurrió tal furor?

HERMES: Aquí me condenaron por recordar, pensar y escribir.

HOMERO: ¿Con más profecías sobre la vida y el vivir?

HERMES: Dos siglos hace que matasteis a dios, así que otra táctica usó.

HOMERO: ¿Y cuál fue esa industria?

HERMES: Acabó con los libros, tus vocablos en texto, censurándolos.

HOMERO: ¿Y cómo los suspendió? ¿Qué artificios podrían acabar matándolos?

HERMES: Lo vetusto ofensivo llamó, modificó y reinterpretó. Luego, llegó la penuria.

HOMERO: ¡Necios! ¿Cómo puede mi estirpe ser tan necia? ¡No escucho sentido!

HERMES: Por ello tanto tiempo he luchado, y tanto tiempo he sufrido.

HOMERO: Atacar y destruir a nuestros ancestros, ¿esto es lo que ha conseguido?

HERMES: Aquí ha desembocado: el poeta esclavizado, el escritor caído.

HOMERO: Juzgar a la humanidad cuando aún era joven, sin la ciencia e inexperta.

HERMES: No comprenden el error, que ellos son por el error: su moral ven perfecta.

HOMERO: ¡Es mi deber! ¡Con esto acabaré! Hermes, ¡ven conmigo y lo cambiaré!

HERMES: Cómo no lo había visto... ¡Cráneo privilegiado! ¿Cómo lo piensas hacer?

HOMERO: Hoy llegará la muerte del futuro, el nacimiento del pasado, la vida del presente. Invoco el inicio de una nueva guerra, una vieja paz: ¡Teoneomaquia ya!

(Se cierra el telón, si es que hubo en algún momento)

ESCENA 3

(Claramente una celda, muy hartamente agrisada. Dentro se ven al NEVOSO y a la BLANQUECINA, cubiertos de marrón mugre, sangre y bruno barro, que visten en pauperizadas prendas y semblantes semejantes. Entra el HOMBRE no lanudo)

NEVOSO *(sorprendido)*: ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has conseguido la llave?

HOMBRE: Eso da igual, no lo sé tampoco. ¡Nos ha llegado la salvación! No sé cómo se ha librado de ella, pero alguien ha conseguido entrar y nos enseñará cómo salir.

BLANQUECINA: ¿Estás mal de la cabeza? ¿Crees que *ella* sería tan descuidada?

HOMBRE: No me preguntes cómo no lo sabe la Regenta *(se repasa todo el cuerpo con las manos)*, pero he dejado de trabajar y no estoy muerto.

BLANQUECINA *(acercándose)*: ¿Y dónde está ese que dices?

NEVOSO *(acercándose también)*: Eso, ¿por qué no viene contigo?

HOMBRE: Porque os tengo que avisar de algo importante: ¿recordáis esos tiempos cuando escribíamos libros? Veinte años hace, ¿no? Que la Regenta nos traicionó y nos encerró aquí. Pues, escuchad esto, *(pausa)* ¡ahora sois Apolo y Afrodita!

BLANQUECINA *(con un pie hacia atrás)*: ¿Perdón? Estás yendo demasiado rápido.

HOMBRE *(cogiéndolos de las manos)*: ¡Da igual! Vosotros solo hacedme caso: cuando llegue él, es Homero, reconocedle como tal. Además, al hablar, haced inventos y cosas de los tiempos griegos. Por último, al parecer logra escuchar a un coro de semidioses que le está guiando; cuando lo oiga, ¡seguid lo que diga!

*(Entra HOMERO, ciego, de brillante psique y soma, y portador de la Teoneomaquia.
Se acerca a ellos, de alguna manera u otra, sin topar contra nada)*

APOLO: Oh, mortal Homero, de voz semejante a la de los dioses, ¿cuáles serán tus aladas palabras?

HOMERO: ¡Febo!, y... ¡Cipris! Me honra la presencia de tres inmortales.

AFRODITA: Dinos, ¿cómo has llegado aquí? ¿Cómo huyes del régimen de... la dictadora perpetua?

HOMERO: ¿Atenea? Hipnos, como en tiempos de antaño, ha sido convencido por los dioses para engañarla: ha postrado su presencia ante su esguarde. Si lo logra, dormirá plácida mientras yo, que solo temo a los dioses, libero las celdas.

(Aparece el CORO, siendo uno el que lo escucha, mirando claro hacia el cielo, y tres los que no pueden, porque están terriblemente hechizados por Atenea, quizá)

CORO: Vuelvo a dar presencia, símbolos de la magnificencia, para anunciar estas cálidas nuevas: Atenea no despierta.

HOMERO: ¡Oh, grande es mi alegría!

APOLO: Sí, buenas razones hemos escuchado sin melancolía.

HERMES: Exacto, nuestros inmortales sentidos las detectan y se deleitan.

HOMERO: Hermes Enagonio, ¿algún dios más yace desamparado?

HERMES: Todos están alejados, tal es el terrible hado.

AFRODITA: Mas, en estas salas son todos doctos y eruditos bebedores de vino.

APOLO: Sí, serían capaces y útiles si los liberamos de su cruel martirio.

HOMERO: ¿Martirio? Desconozco esa condición.

HERMES: ¡Es vocablo nuevo, de corta adquisición!

AFRODITA: ¡Sí! Muchos cielos hemos visto, y nuestras letras dan vestigio.

CORIFEO: Homero, Cronos nos devora. El tiempo pasa como llegó a los frigios.

HOMERO: Prestémonos a libertarlos, presto, de esta empresa.

APOLO: Bienaventurada es tu lengua, que nos llevará a la grandeza.

HOMERO: La guerra ganaremos, nuestras lanzas vencerán.

HERMES: Así espero, amigo de los inmortales, los escudos jamás cederán.

(Se cierra el telón, mientras siguen hablando los hechos, sean lo que sean ellos)

ESCENA 4

(Cenicienta costa, hecha por una manzana urbanística al lado de un peñasco. El Día está por triunfar sobre la Noche, siendo precedido por la Aurora. No hay alma alguna que consiga divisar y, aun así, escucha el CORO)

CORO: ¡Rápidas son las escenas! El éxito y la fortuna del cuarteto cambian. Tan brillante más allá de las Gimnesias y sobre el Híber, se trocó en desgracia cuando los ojos apartamos de esta polémica con los ateneos por la áurea égida. En lamentables destinos los cuatro se han visto envueltos: yacen libres tres. ¡Lloro, lloro, lloro! No me complacen estas penas en lo más mínimo, todo lo contrario; mas sé que debo resistirlas, pues, ahora, está por alzarse un nuevo día que acontecer.

(Entra HOMERO, ciego, de brillante psique y soma, portador de la Teoneomaquia y que solo teme a los dioses. Está desgastado, roto, como un fragmento de crátera que la casuística dice que es ática cuando en realidad es del vernáculo Rubricatus)

HOMERO: ¡Oh, sempiternos! Hacía semanas que vuestras lenguas no escuchaba.

CORIFEO: La ira de Palas nos devastó. Aquel día no la detenía nada.

HOMERO: Decidme, ahora que Apolo, el que hiere de lejos, ha sido capturado, ¿cómo llegaré a los huesos de Aquileo? Los cuales, como Argifontes comentó, están en las costas del Simois. Vuestras órdenes recuerdo como si las hubieseis dicho ayer. Pero, ¿cómo las cumpliré?

CORIFEO: Sabemos bien que un plan tienes, logonauta, para llegar a esas costas. Sabemos bien que tienes un barco preparado por Afrodita y que Hermes os vigila con los demás desencadenados, ¿qué refieren tus palabras?

HOMERO: ¡La duda! Mi mente duda, contra ella lucho. Algo se rompe dentro de mí. Algo me ha dicho durante estos días que algo está mal. Algo, pero no sé el qué. Es como si mi ser se susurrara y el final deseara ver, tras tanto páramo gris.

CORO: ¡Oh, rayo de sol, la más bella luz entre las que iluminaron las siete puertas de Tebas! Ahora llegas y a ti me refiero. La angustia tensa mi espíritu: la muerte se acerca a estos peñascos borrascosos. ¡Oh, quién me lanzara como a Egeo! A este mar lejano, tranquilo y solitario, mi vida daría nombre. Desde las Heracleas hasta el Ponto llegaría, cual voraginoso llanto de la tierra, y bañaría en resplandores hasta las playas de mi Hélade patria junto a estas que mi ojo alcanza. Pero no puedo caer. Porque el sol no dejará de volver. Porque, mañana, cuando vuelva a alzar mi eterna vista, el sol estará otra vez. Y si me quitase el hado la inmortalidad, aun así lucharía por verte en mi tez: así de cara eres para mí, luz solar. Y si me quitase el hado cuatro dedos, seis usaría para asir la lanza por verte sobre mi piel. Y si me quitase el hado dos manos, treinta y dos dientes tendría para alzar las armas por un atisbo de tu ser. Y si, con todo, el hado me castigase aún, y me dejase sin dedos, manos, dientes, brazos, piernas... seguiría luchando por ti, sol inmortal. Porque eres todo para mí, poder verte un día más es mi único deseo. Y, aunque muriese en mi final, lucharían aún mi mente y mis memorias y mi historia y mis recuerdos por ver, aunque sea, un haz de tu calidez. Porque, cuando el gris llega a dominar tu vida, el mundo entero se para, todas las pasiones se terminan, y nunca llegará a cicatrizar esa herida. Así de cruel es el mundo cuando te subyugas al gris.

HOMERO: No puedo responder a... esas razones. Dioses, prometo que volveré a estas orillas con los restos de Zeus, y el sol veremos todos juntos de nuevo. (*Mira lejos*) ¿Cuál es esa luz que vemos acercarse por las calles de la inerte ciudad?

CORIFEO: ¡Escapa! ¡Lánzate al agua, Homero, antes de que sea tarde!

(*Llega una mujer de edad difícil de aproximar, vestida en hábito de gobernante, junto a un grupo de soldados que tienen atado y rojizo a HERMES. La REGENTA de la Grisácea, la perfecta entre perfectas, la regenta de tus ideas y tus días se presenta*)

REGENTA: ¡Menos mal que estás bien, te estábamos buscando! (*se lanza a sus brazos. El VIEJO la recoge*)

VIEJO (*tocándose la frente*): Qué... esta sensación es... familiar.

REGENTA: ¡Claro que lo es! Si me conoces desde pequeña, fuiste un gran amigo de mi padre, ¿no lo recuerdas?

HERMES: ¡No le hagas caso, es Atenea usando sus trucos para engañarte! Homero, eres nuestra última oportunidad, ¡no debes caer en sus palabras!

ATENEA: ¡Calla! Te he traído aquí para que digas la verdad, que *le digas* la verdad. Solo a un lector de libros como tú se le ocurriría aprovecharse de un anciano demente. ¿Es que no tienes moral?

HOMERO: ¡No! Tiene razón. Atenea, nunca me engañarás con tus artimañas.

ATENEA: ¿Qué es la vida?

VIEJO: ¡Un frenesí!

REGENTA: Hilo y aguja para las hembras.

VIEJO: látigo y mula para el varón.

REGENTA: ¿Quién mató al comendador?

VIEJO: Fuenteovejuna lo hizo.

REGENTA: ¿Crees que podrías decir esto si fueses Homero? Vuelve, ¡por favor! (*solloza clara*) Por favor... por favor... recuerda...

VIEJO: Pero ciega es mi condición... ¡Anagnórisis! No... ¡Homero soy!

REGENTA: ¿Cuánto vas a seguir con eso? ¡Dichoso el día en que te hiciste censor! (*se gira*) Veis, tropas, esto es lo que pasa cuando leéis libros. Que vuestros queridos jamás lo hagan, sino acabaréis como yo. (*se gira de nuevo*) ¿Puedes dejar ya la broma? ¡No es graciosa! (*rompe su voz*) ¡Vuelve a ser tú mismo, por favor! Eres la única familia que me queda en el mundo, tú y nadie más. Si te pierdo, ¿qué haré si

te pierdo? ¿Me lo dirás tú, con tus cánticos místicos y tu jueguito de hacerte el ciego? ¡Reacciona, por favor! No me abandones, no me dejes sola otra vez... Sabes, cuando murió mi familia en el accidente, fuiste como un segundo padre para mí... Si ahora he llegado aquí, a heredar tu puesto, es gracias a ti, a tu amabilidad, a todo lo que hiciste por mí. Por favor... vuelve... Ahora dime, ¿cómo te llamas?

VIEJO: Yo, me llamo yo... *(mira a los ojos a la REGENTA, la cual sonrío amable)*

Yo soy... *(mira fijamente a HERMES, el cual forcejea con la tropa que lo retiene)*

HERMES: ¡Homero! Ya que tú me hiciste libre, te devolveré el favor. Afrodita te espera para llevarte a Troya: ¡Está todo en tus manos! ¡Gloria a la Teoneomaquia!

(HERMES se libera de los guardias y, maniatado, empuja a HOMERO del peñasco antes de que nadie pueda reaccionar. Así, el VIEJO cae directo a algún lugar entonando un ciego chillido)

ATENEA: ¡Fermín!

(Se cierra el telón)

EPÍLOGO:

(No hay escenario. Son dos seres cubiertos, el uno GRIS y la dos en ropa BLANCA)

BLANCA: ¿Y cómo acaba la historia?

GRIS: Tendrás que aprender a leer y analizar para saberlo.

BLANCA: Pero si me lo prohibiste el otro día...

GRIS: Bueno, bueno. Lo único constante en este mundo es el cambio.

BLANCA: Pero yo soy yo, seguiré siendo la misma mañana.

GRIS: ¿Eres la misma que ayer?

BLANCA: ¡Qué pregunta más tonta! ¿Quién fue el que dijo eso?

GRIS: Alguien del pasado, niña mía, alguien del pasado.

BLANCA: ¿Pasado? ¿Pero no son todos malos? Eso dice siempre papá.

GRIS: Y yo también lo digo, por eso mi trabajo es prohibir los libros y educarte para que tú también lo hagas en el futuro. El pasado existe para acabar con él, niña mía.

BLANCA: ¿Entonces se pelean el pasado y el futuro? ¿El futuro y los dioses? Porque en el pasado solo pensaban en dioses, ¿verdad? Por eso eran tan malos.

GRIS: No, también pensaban en hacer libros. Y son lo más peligroso que hay.

BLANCA: ¿Y por qué me enseñas a leerlos?

GRIS: Porque, si nadie supiese leerlos, nadie sabría lo malos que son y entonces todos querrían leerlos. Por eso siempre es importante decir a todos lo malos que son. Recuerda esto, niña mía. Aunque estés en la peor situación, el peor momento, si tienes un segundo para hablar de lo malo que son los libros, hazlo.

BLANCA: Pero no lo entiendo... Si lo que estábamos leyendo no tiene nada malo...

GRIS: ¿Qué es la vida?

BLANCA: Esto... Lo que tenemos, ¿no?

GRIS: ¿Y cuánto dura, niña mía?

BLANCA: Papá dijo que el abuelo se fue con ochenta años.

GRIS: Yo ya tengo más de cincuenta, niña mía, más que eso. Dime, si solo pienso en qué es la vida, ¿en qué momento la voy a vivir? Si solo pienso en si el mundo tiene dioses, ¿en qué momento lo voy a vivir?

BLANCA: Pues...

GRIS: La humanidad ya buscó todo eso. Ya investigó todo eso. Ya acabó con todo eso. Por eso, niña mía, tienes que saber leer. Para poder ayudar a la humanidad a que se centre en vivir la vida, en seguir adelante y avanzar, en apreciar que aún tiene un cielo que ver. Porque eso es lo más importante, niña mía, seguir viviendo para ver el sol. Y dime, ¿cuántas veces has mirado a la ventana mientras leíamos?

BLANCA: Ninguna...

GRIS: Por eso lo digo, porque la lectura es uno de los mayores vicios. Niña mía, yo hablo desde la experiencia. Cuando era adolescente, leía cada noche en los bancos y nunca veía el sol; cuando me volví joven, trabajé sin parar en la fábrica por libros y, cuando llegué a ser adulto, me metieron en la cárcel una vez por leerlos. Pero es justo por ello, niña mía, que los persigo, porque quiero que todos sean felices y vean el sol. Porque no fue hasta que me acerqué a los peñascos del mar que empecé a vivir, que me dejé de ciudades arrasadas y dioses y pensé en lo bonito que es vivir y que salga el sol. Por eso quiero que todos se acerquen al mar, huyan del gris, vean el cielo y miren al sol. Que dejen de pensar en el pasado y el futuro, la lucha entre los dioses y la realidad, entre la locura y la verdad, y vivan, simplemente, en el presente, que eso es todo lo que tenemos los humanos aún.

(Se cierra el telón, aunque nunca llegó a existir)